

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRÁFO,"

EL DILEMA DE LA GUERRA

Por Gonzalo Zaldumbide

El último libro de Francisco Calderón es uno de los tres o cuatro grandes libros de ideas sobre la guerra. No me sorprendería el verlo calificado por los competentes como el mejor y más fuerte de entre ellos. En ninguno quizás como en éste, palpita, viviente y sangrante, la filosofía de la catástrofe. En esas páginas densas cargadas de lo inevitable, se siente pesar en verdad la invisible lógica fatídica, el sino de la tragedia, desde sus orígenes subterráneos y su milenaria acumulación, hasta su concomitancia con estas dísticas implacables. Mas si siente el ánimo opresivo todo el agobio, la angustia crepuscular de este ocaso de siglos, al terminar la lectura percibese la distante, la planetaria gravitación de las ideas que van rigiendo en el caos el advenimiento de un "nexus saecorum ordo".

En este libro ingente y sostenido, el autor donde no los sobrepasa en fuerza licida y rauda, va por lo tanto de par con los Ferrero y los Bousa, vale decir con los maestros mejor preparados y más soberanamente inteligentes. Extraordinaria cosa que un intelectual sudamericano haya podido llegar a este dominio de Europa y del mundo moderno, a esta resonancia como de cálida exelencia en que repercuten las voces universales. Y más de admirar aún, que este perfecto europeo, continuando en ser por lo alto un auténtico latino-americano, no guarde rezago ninguno de la inferioridad nativa. ¡Hay actualmente en América algún otro que se halle a esta altura de pensamiento y doctrina?

A quienes conocíamos desde antes su don genial y su estupenda preparación, nada puede en verdad asombrarnos. Desde mozo, allá en su Lima indolente, se alzaba ya a otear el mundo, vivía como al atisbo de indecisos significativos y apresurábamos a inquiren el curso definitivo de las corrientes espirituales. Su inteligencia impaciente, como privada en su propio suelo de aura vital, reclamaba la comunión en el centro de donde irradiaba todo saber. Vino entonces acá. Y no hubo iniciación más rápida ni más cabal, asimilación más total ni más consubstancial. Fue quizás el primer americano del sur que con tanta decisión y felicidad se internara tan adentro en la ideología contemporánea. De regiones intelectuales anteriores no holladas por los nuestros, mandaba a América el relato maravillado y suscinto. Era nuestro Adelantado. Sus libros, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban a América cargados del pensamiento de Europa. Como en la edad colonial la Legada de los galones, así muchos esperaban la de sus libros para orientarse y saber por dónde iba el mundo pensante.

No es aquí el lugar de estudiar esos libros que eran como la alegre relación de lo que para muchos equivalía a descubrimientos y atrevidas exploraciones sociológicas y metafísicas; ni tampoco el de hacer un estudio de su calidad de espíritu, estudio que bien pudiera llamarse desde luego: Francisco García Calderón o la pasión de comprender... Pasión de comprender por comprender, amor de las ideas generales, necesidad de alturas para dominar el variado conjunto de la vida, exigencia vital de espacio para impetuosa y vastas generalizaciones. Hay en él una especie de urgencia, un ardor que sólo se nutre de lo esencial, un temaz misterio de hacer síntesis de ideas. Si alguna vez sirvió de intermediario entre el "profanum vulnus" y la alta ciencia, fue a la manera de un Fontenelle, de un Fontenelle que alardease del don trascendental y personal del estilo. Si

LE PETIT PALEMON

D'Albert Samain.

Palemón, el pequeño, que ochenta años cuenta apenas sostiene un macho cabrío sumiso a duras penas, y lo obliga a correr por el huerto riente, mas subito se para y se enlaza valiente cuerpo a cuerpo en la lucha; el cabrío se esfuerza, doblegándose el cuello que se yergue rebacio y evitando los cuernos, lo conduce despacio, fiero, encarnado, torvo como un pequeño diablo a encerrarlo obediente en el próximo estable. Y Lysidé, su madre de bellas trenzas de oro, con un niño en los brazos que cuida cual tesoro, se regocija al ver su fuerza y su destreza; le llama y sonriente enjuga con terneza su frente sudorosa, sus mojados cabellos y en maternal orgullo fulgen sus ojos bellos.

J. A. Falconi-Villagómez.

RUEDA, EL PRECURSOR



SALVADOR RUEDA

Último retrato del insigne poeta, hecho durante su reciente visita a Méjico.

De la lejanía mexicana nos llega el eco de resonantes éxitos, de clamorosas ovaciones, de poéticas fiestas en las que las damas forman corte de un poeta español; corte un poeta a la manera provenzal y un poco con el rito de convencionalismos literarios. Es Salvador Rueda, que goza como un dios fauneo, agitando la exuberante copa del árbol de su gloria—hermoso roble o colosal castaño o cedro aromoso—. En el bosque umbrío de la lírica castellana, cuando se estremee el recio tronco ruedesco, cuyas raíces retorcién más o menos disimuladamente en tantos otros árboles o arbustos o simples matojos, se produce una gravedad de consternación. Las musas páliden, las claras fuentes suspenden su cantarín gorgoteo, las aves huyen desparvidas, trocando sus dulces cantinelas en graznidos espantables; el viento cesa de rimar su murmullo de misterio en las hojas temblorosas y los poetas, interrumpidos en sus delicios, relativamente apetitosos, se miran consternados, y tras algún que otro tajo, qué también Apolo se las ha, exclama: "¡Pero este Rueda...!" Y este Rueda, combatido ayer y desdeñado hoy, es, se fijan vates de la moderna traza, el único de vosotros que siente la noble inquietud de zarandear el alma de la raza, aquí dormida, allí desorientada: acá caída en las abyecciones de la incultura, allá metida a barragana se yanquis y galos...

Este Rueda es, sin duda, el precursor y el renovador. Cuando la lírica castellana no tenía más horizontes que la excesiva "aneja prosaica en que caían los parodistas de Campoamor, o la alusionaria enfática en que se confundían los seguidores de Núñez de Arce", comenzó Salvador Rueda, desde las columnas de *El Globo*, ya bastante modestas, y desde su enciértril de empleado en las coqueterías del antiguo ministerio de Ultramar, a deslumbrarnos con sus rimas nuevas y sus prosas, donde, a todo meter, el supuesto sol de Andalucía, tan pionero, más o menos, como el de la marina Castilla, y los ojos azules y la potencia de flores y ojos y labios y mentes y albahacas nos llenaron los ojos de chiribitas.

Es el colorismo, se nos dice; un colorismo que perdía mucho de sus fulgores cuando se trasplantaba fuera del vergel andaluz; pero en aquella vulgaridad literaria del decenio de 1880 a 1890, aquel colorismo era la renovación. Rueda parecía tan humilde, tan poquita cosa, con sus ojos fulgurantes y su palabra cálida, en su enciértril de burócrata, que en vano escribía y peroraba sobre la nueva Estética, sobre su Estética, que ahora resucita una revista en los Estados Unidos. Admirándole todos, porque a la fuerza ahorenán, nos resistíamos a creer que él fuese el Mesías. Y, sin embargo, niños aún, era en el cálido entusiasmo que emergía de la apasionada y fervorosa literatura de Salvador Rueda donde se forjaban los nuevos escritores. En Adolfo Reyes y en el buen Vicente Blasco Ibáñez de la primera época está clara y precisa la huella de la

humildad, tan poquita cosa, con sus ojos fulgurantes y su palabra cálida, en su enciértril de burócrata, que en vano escribía y peroraba sobre la nueva Estética, sobre su Estética, que ahora resucita una revista en los Estados Unidos. Admirándole todos, porque a la fuerza ahorenán, nos resistíamos a creer que él fuese el Mesías. Y, sin embargo, niños aún, era en el cálido entusiasmo que emergía de la apasionada y fervorosa literatura de Salvador Rueda donde se forjaban los nuevos escritores. En Adolfo Reyes y en el buen Vicente Blasco Ibáñez de la primera época

REBELION

Las cosas no se pierden: se esconden.

Todos habéis observado cuando se os cae un botón, una joya, un objeto cualquiera, que éste va a ocultarse siempre debajo de los muebles, especialmente en aquellos rincones de sombra de donde es más difícil sacarlo.

Desde allí os asalta, ve que te buscas y parece reírse de vuestro esfuerzo.

Mientras vosotros rastreáis casi congestionados, él se acurruca, se pegáis a la pared; se diría que apaga su brillo metálico para que no lo veáis.

Hay ciertamente en los objetos de nuestro uso una rebeldía, una indisponibilidad que no nos damos cuenta, y porque ellas son una como sutil emanación de su alma que amo por tu amor y amarosa.

Son nuestros esclavos, pero por fuerza. El metal o las sustancias que hemos empleado para construirnos, a la fuerza nos obliga a permanecer en el deseo de represalia.

Las tierras o la agua están esperando el primer descuido para pincharnos.

El cortaplumas hace todo lo posible para que lo dejemos abierto en el bolsillo.

El afiller prendido saca la punta dispuesto a arrancar.

Sólo trata de una verdadera conspiración tanto más terrible cuanto más silenciosa.

Antes de morir podrido de helambre el metal de los utensilios se venga; la cacerola de cobre nos envenena, el cuchillo de mesa nos corta, el cuchillo nos machaca...

Hay objetos que con una pacientemente labor acaban por hacer un agujero en los forros del chaleco, especialmente los cortaplumas, lapiceros y limpiapipas. Por allí se escabullen, y se sustraen así temporal y definitivamente a nuestro dominio.

A veces, cuando ya no los buscamos, se hinchan hasta formar un bullo que nos molesta, y así parece decirnos: "Aquí estoy tonto". Entonces empieza la cacería: nuestros dedos tantean el doble espesor de la tela, y los picardos se esconden de lo lindo.

No hay manera de hacerlos salir por donde han entrado....

Suele ser preciso abrir un nuevo agujero en el forro, o ahondar despareadamente el primero.

Al fin vencemos, pero con cuán duro esfuerzo....

Y a la primera oportunidad el espíritu ágil, refractario y sutil de los metales sugerirá una nueva escapatoria....

Así posee el hombre lo único que juzga poseer mejor; lo que, eindorosamente, llaman "la materia inerte".

Y aún pretendemos ensorriorearnos de entidades o cosas menos sumisas aún: del aplauso de las multitudes de la voluntad de un amigo o del corazón de una mujer....

Amado NERVO.

EL EPISTOLARIO DEL POETA

CARTA DE UNA INCÓGNITA

Medardo Angel Silva:

No te conozco, pero desde que he leído tus versos, eres el poeta de mi predilección. Esos versos empapados de tristeza, que tantas veces me han hecho llorar. ¡Cómo fuera tu amiga, como no se esfuma, como un aroma, hacia la estrella distante, que nunca alcanza nuestras manos!

Hábllame de tu vida; escríbame siempre, estoy solo, estoy triste; necesito de su compañía espiritual.

Envíole mi pensamiento más puro y noble de este día; recíbelo como quien recibe una rosa fresca.

y te la dedicaría. Pero cómo podría yo retratar a mi amado como tú retratas a tu María Jesús? ¡Ah! como se pudiera enseñar lo que tú sabes! Te buscaría de maestro para que me enseñaras a decir en verso la amargura de mi pena; en versos como los tuyos, que hacen doler el corazón y estremecer el alma.

Atala.

CARTA A UNA INCÓGNITA

Me llega vuestra carta, amable desconocida, en horas dolorosas de la más lacerante tristeza; leía mi Samain, en "Aux flancs du Vase", al claror de esta luz cencinosa de crepúsculo invierno, cuando resopló sus lágrimas tan dulces, consoladoras y amigas! Gracias! Gracias! por el intenso bien que me han traído, incógnita amiga, y porque ellas son una como sutil emanación de su alma que amo por tu amor y amarosa.

JACOBOS NAZARE.

EL JUICIO FINAL

Cuando el alma abandonó el cuerpo un angel tomóla en sus brazos y la condujo a un lugar desierto, gris y triste. Una voz atravesó entonces la tempestad impenetrable que lo cubría todo: exclamó;

—Júgatela a ti mismo!

Y ante el alma empezó a correr un río que en vez de agua arrastraba una corriente de lágrimas, pero a medida que era de lágrimas, la corriente aquella era turbia. Y el angel dijo:

—Mira, son las lágrimas que lucen cuando vivas en la tierra. Y el alma respondió:

—Tienes razón, pero mis lágrimas corren también mezcladas a esas lágrimas.

Y por tres veces el angel dejó su voz, y por tres veces el alma respondió:

De pronto, el agua turbia del río tornóse profunda y limpia como cristal. Y el angel dijo:

—Son las lágrimas de tu madre.

Y el alma, ocultándose la faz,

Cuaderno,

Cuaderno en que la Amada copia mis versos y dibuja flores...

Eres como una ruca perfumada donde se fuera hilando, poco a poco toda la buena seda de mi alma.

Cuaderno,

en quién sabe qué mueble y en qué te encontraran las manos revolviendo de nuestros hijos? (Ella tendrá tuerte).

tus ojos sobre todo; él hará ver.

Y abrirá el misterio de sus páginas poco amarillentas por los años,

recitarán mis versos en voz baja y asombrándose luego, tal vez que

—¡Mira, papá y mamá, cómo se

FERNANDEZ MORENO.

CUADERNO

Cuaderno,

en la convalecencia, tiene todas las características de un convaleciente intelectual, a quien todo daña enfermedad profundo.

Después de una larga enfermedad, ha florecido en Europa la más perfecta inquietud intelectual. El movimiento de ideas, ha sido como el de la naturaleza en Otoño. Ved cómo caen las hojas secas, los ganchos podridos y los frutos añejos, remecidos por un viento helado, empapado en lágrimas. Ved cómo el paisaje se despeja y, después de los vienes que arremolinan los despojos, cómo llega el sol hasta las raíces, y cómo llega ya el crepúsculo decorado de carmín, y se presienten la aurora fresca, venir, a manera de bendición, sobre las siluetas enlutadas del paisaje.

Pero así, queda mucho por andar. Al Otoño sucederá el invierno. Y qué desolación cuando ya la crudeza se haya refinado y no haya calor en las almas; porque habrá huido en la punta de los cuchillos! El recuerdo como punta diamantina, hará fibras los corazones, y la muerte tendrá una sonrisa despiadada para los huérfanos.

Y al apilarid tan generosa industria, de suyo altamente simpática, halagüeña por los fines que persigue, seán permitido dirigir la frase de encanto para los autores:

Proyecto en referencia. En lo que a nosotros se refiere, diremos que estamos dispuestos a secundar favorablemente en todas partes de la

publicidad.

Y al apilarid tan generosa industria, de suyo altamente simpática, halagüeña por los fines que persigue, seán permitido dirigir la frase de encanto para los autores:

Proyecto en referencia. En lo que a nosotros se refiere, diremos que estamos dispuestos a secundar favorablemente en todas partes de la

publicidad.

Y al apilarid tan generosa industria, de suyo altamente simpática, halagüeña por los fines que persigue, seán permitido dirigir la frase de encanto para los autores:

Proyecto en referencia. En lo que a nosotros se refiere, diremos que estamos dispuestos a secundar favorablemente en todas partes de la

publicidad.

Y al apilarid tan generosa industria, de suyo altamente simpática, halagüeña por los fines que persigue, seán permitido dirigir la frase de encanto para los autores:

Proyecto en referencia. En lo que a nosotros se refiere, diremos que estamos dispuestos a secundar favorablemente en todas partes de la

publicidad.

MYRTIL ET PALEMONE

D'Albert Samain.

Myrtil y Palemona, niños que los pastores adoran, se persiguen por el jardín sin flores, y hacen huir ante ellos en fuga de plumajes la flor grave y solemne de las ocas salvajes.

Myrtil que a Palemona ha venido en el juego, contra el pecho la opriñe lleno de ardiente fuego; más se crispa al sentir bajo las telas finas palpitá los encantos de formas femeninas que temblantes se hinchan como globos desnudos y débiles se amoldan bajo su dedos rudos.

Cesa el juego.... Un misterio presente con delicia y gravedad, las acaricia y siempre las acaricia.